

VEO entre los carrizos de Navaseca  
que sólo hay lo que hay:  
Las cepas que van perdiendo las hojas,  
pero repletas de racimos,  
la laguna con su agua reciclada  
de las cloacas y otras suciedades,  
patos que se resisten a huir  
y algunos tarayes vencidos en el cieno.  
Los álamos blancos aún firmes, aunque muertos,  
siguen formando parte del paisaje;  
unos jilgueros se posan en sus ramas secas  
en defensa de su territorio.  
A lo lejos un ganado levanta nubes de polvo,  
va camino del establo donde hambrientos  
esperan los corderos. Luz de la tarde.  
La soledad hoy es una defensa  
y una oración en súplica por el mundo,  
también por mí. Quiero aprender  
a desprenderme de sorpresas y de vanidades.  
El olivo que ahora mira mi padre en la Plaza  
lo ven mis ojos junto a los de mi hijo.  
Tiene alma, con sus más de mil años  
nos sobrevivirá a los tres, alto y verde,  
en silencio con su mirada fija en todo esto,  
para repetirnos que todo es parte de la vida,  
entre luces y sombras, y que, como él, solo,  
libre y sin destino he de salvarme,  
y no en este poema que en su consuelo me mantiene,  
como un abrigo y unos guantes de fortuna,  
en una isla perdida y tan lejos del frío.